

KEVIN MAHER

*Canta,
sucio niño*



KEVIN MAHER

Canta, sucio niño

Traducción de
Vicente Campos

Galaxia Gutenberg

El editor agradece la ayuda financiera de
Ireland Literature Exchange (subvención a la traducción), Dublín, Irlanda
www.irelandliterature.com
info@irelandliterature.com

También disponible en ebook

Título de la edición original: *The Fields*
Traducción del inglés: Vicente Campos González

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: abril 2016

© Kevin Maher, 2013

Reservados todos los derechos

© de la traducción: Vicente Campos, 2016

Canciones reproducidas en el texto: «Good Morning», letra de Arthur Freed; «Tainted Love», letra de Ed Cobb; «Waiting for a Girl Like You», letra de Mick Jones y Lou Gramm; «Physical», letra de Steve Kipner y Terry Shaddick; «The Fields of Athenry», letra de Pete St. John; «Smalltown Boy», composición de James Somerville, Lawrence Steinbachek y Steve Bronski, reproducido con autorización de Jess-E-Musique Ltd, Lawrence Steinbachek y Bucks Music Group.

© Galaxia Gutenberg, S.L., 2016

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: CAYFOSA- Impresia Ibérica
Carretera de Caldes, km 3, 08130 Santa Perpetua de Mogoda
Depósito legal: B. 4117-2016
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-16495-45-0

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Para Thomas Francis Matthew Mathias

UNO

Cuando Jack murió yo era muy pequeño, más todavía que ahora, y dije, en un ataque de rabia, que no permitiría que volviera a pasar. Jack era nuestro gato. Un birmano pardo oscuro, con unos diente-cillos afilados, unas garras que arañaban y se enganchaban en todo, y que, cuando deambulaba por la casa tambaleándose sobre sus patas inseguras, respiraba resollando con estertores que le estremecían de arriba abajo como un extraño coro cantarín. También fue la primera y última vez que intentamos, como familia, tener una mascota. Cuando llegó, las chicas armaron mucho jaleo. Todas se empujaban, tiraban las unas de las otras y hasta se soltaban algún arañazo, ansiosas por cogerlo. Lo besaban, achuchaban y zarrandeaban bajo las sábanas, y lo perseguían alrededor del sofá hasta que el animal se escondía en el rincón y se hacía pis debajo de la mesita del café, lo que sacaba de quicio a papá. ¡Maldito gato!, decía chirriando los dientes y apretando las manos hasta formar un puño como si se dispusiera a matar a golpes a un peluche mullido que todavía no había cumplido las siete semanas.

Desde que llegó, los resuellos de Jack fueron a más, y hacia finales de la primera semana en casa se habían convertido en una gripe en toda regla. El veterinario dijo que seguramente ya la traía de fuera, que el criador, un viejo del condado de Cavan, debía de ser un sinvergüenza, y que la verdad era que Jack difícilmente mejoraría y podía morir. Eso asustó a las chicas que ni te cuento. Lo que, combinado con la sustancia verdosa y densa que le goteaba de la nariz y los ojos, y la manía que tenía de estornudar y lanzarla a chorro directamente a tu cara, hacía que desaparecieran corriendo como posesas cada vez que él se presentaba en el salón. Y, de paso, también hizo que a papá le entraran más ganas todavía de matarlo.

Yo era el pequeño de la familia, y también el que había estado dándole la tabarra a mamá para que nos comprara una mascota,

así que me correspondía a mí la función de enfermero de gatos. Y eso implicaba perseguir a Jack escaleras arriba con bastoncillos de algodón, limpiarle todos los mocos, llevarlo al cuarto de baño y sujetarlo encima de la bañera llena de agua caliente para que inhalara el vapor que, se suponía, le limpiaría la mucosidad endurecida de los pulmones que era la causa de su mal. A él le repateaba. Y tanto daba las veces que lo repitiéramos, y tanto daba las veces que yo acabara achuchándolo envuelto en la toalla y firmando la paz con un trozo de sardina aplastado entre las puntas de mis dedos, él siempre creía que yo sólo lo hacía por fastidiar, o porque era un pirado pervertido, y que lo iba a tirar al agua hirviendo de la bañera para echarme unas risas. Se ponía a arañarme como un loco cuando lo sujetaba, y me hizo unos buenos tajos en las muñecas de los que, a veces, hasta sangraba unas solitarias gotas rojas que caían salpicando en la bañera mientras él hacía sus últimas inhalaciones de vapor presa del pánico. Pero a mí no me importaba porque estaba consiguiendo que mejorara.

Jack se recuperó a las dos semanas de tratamiento. Todo el mundo, hasta el veterinario en persona, dijo: vaya, vaya, impresionante, ¿es que tenemos aquí a un doctor Dolittle en ciernes o qué? Incluso mi padre dijo: lo has hecho muy bien, hijo, antes de mirar a mamá y añadir con un suspiro: pero sigo pensando que estaría mejor muerto. Y ella le respondió, dándole una bofetada de broma, que era un hombre muy, muy malo, a lo que él replicó, riéndose entre dientes, que eso era justamente lo que ella quería que fuera, y que se bajara de la higuera, que era una expresión que significaba anda y que te den, que era otra frase hecha que en realidad significaba que te caía bien la persona a la que se la decía.

Jack se puso cachas, y corría que no veas, y se pasó varias semanas seguidas dándose porrazos alrededor de la casa, provocando graciosos estropicios, como cuando perseguía la sombra de un pogo saltarán a lo largo de una pendiente, o se peleaba con su sinuoso reflejo metálico en el cubo del carbón y llenaba la alfombra verde de la sala de estar de diminutas huellas de sus patas. Lo mataron en la calle delante de nuestra puerta cuando sólo tenía siete meses. Nadie vio cómo pasó. Nos enteramos cuando Maura Connell, la vecina de al lado, se presentó en casa con una cara muy triste y le dijo a mamá que más valía que bajara la cuesta y viera lo que había en la calle delante del camino de entrada. Yo era el único de los pequeños que es-

taba en casa porque todavía no tenía edad para ir a la escuela así que cuando mamá trajo a Jack dentro, aplastado y con la cabeza cubierta de sangre, pasé un montón de tiempo a solas con él.

Mamá dijo que cuando volvieran las chicas celebraríamos un funeral familiar por Jack en el patio trasero, y con uno de sus trapos de cocina buenos limpió todo el viscoso pringue rojo y negro que todavía salía de uno de los lados de la cabeza de Jack, sobre todo a través del agujero de la oreja y por el del ojo de la izquierda. Lo depositó fuera, junto a las cebollas, estirado, y quedaba muy bien, en una manta de punto que Sarah había confeccionado en clase de Labores del Hogar, y luego subió corriendo al desván a buscar una vieja caja de zapatos que sirviera de ataúd.

Yo también me tumbé a su lado, sobre la hierba. Y sin que hubiera nadie que pudiera verme, le acaricié el pelaje todavía tibio, le besé en el lado de la cabeza que no estaba ensangrentado y me puse a llorar como una madalena, diciéndole lo mucho que lo quería. Le dije que era un gato muy bueno. Aunque también le mentí. Fingí que no me acordaba de todas las veces que me había arañado, ni de los desgarrones inmensos que había hecho en el sillón de papá, ni de cuando había trepado a la mesa y pisoteado la bandeja del horno llena de masa mientras mamá estaba al teléfono. Eres el mejor de los gatos, le dije acariciándole y sollozando. Un gato buenísimo. El mejor de Irlanda. Todos los demás tienen celos de ti, Jack. Porque eres el más rápido, y el más listo y el más gracioso, el mejor que ha existido o que existirá nunca.

Al cabo de un rato sentí que la rabia se apoderaba de mí. Las lágrimas se convirtieron en chillidos de loco. Mamá tuvo que salir corriendo de casa para sujetarme abrazándome. Le dije que aquello era un error, que Jack tendría que seguir con vida, y que Dios había cometido una estúpida equivocación. Mamá, que iba a misa todos los días sin falta a las diez de la mañana y que rezaba sus oraciones igual que la mayoría de la demás gente respira, se crispó un poco. Yo, enrabiado, continué. Y por eso, si Dios quería que Jack muriera, dije sin dejar de llorar, yo quería que Dios muriera. Mamá me apartó de su pecho, me zarandó con fuerza y me dijo que había perdido la cabeza y estaba diciendo cosas muy feas, espantosas. Pero eso sólo agudizó mi rabia, me puso más furioso, me envalentonó y me hizo decir que yo cambiaría a Jack por Dios sin pensármelo ni un momento.

Mamá me mandó a mi habitación y me dijo que no saliera hasta el funeral. Le di la espalda, me encaminé hacia casa y grité, lo bastante alto para que me oyera, las palabras: ¡que le den a Dios!

Y no lo decía de broma. Me tumbé en la cama, fuera de mí, hundí la cabeza en la almohada sin parar de llorar, todavía furioso, y le dije a Dios que ya estaba harto de Él, y que matar a Jack había sido la última gota. Ahora Él se había metido en un lío. Un lío de los gordos.

Al final, con el calor de las lágrimas me entró sueño y, con los ojos empapados y sin fuerzas, me quedé dormido discutiendo imaginariamente con Él y pensando en el chiste que había contado una vez la tía Una sobre el pequeño italiano que reza a Dios para que le hagan un buen regalo de cumpleaños y, sólo para asegurarse, mete una figura de la Virgen María en el cajón, lo cierra con llave y le dice a Dios que, si quiere volver a ver a Su madre, más vale que haga lo posible para que le regalen una bicicleta por su cumpleaños. Es un chiste que mola, porque se supone que el niño se comporta como un mafioso de los que salen por la tele, pero en realidad lo más gracioso del chiste es que lo cuentas imitando la voz de un italiano, como el hombre del anuncio del Cornetto, así: si voleeri volveri a veri a la tua mama más valeri que me consigui una bichicleti. La tía Una lo contó una Nochebuena y se convirtió en el chiste de la temporada, y toda la familia, los ocho sin excepción, cada vez que queríamos echar unas risas, añadíamos una «i» al final de las palabras para parecheri italiani. Incluso después de Año Nuevo.

Le dije a Dios que a mí podía hacerme lo que quisiera, pero que, de verdad, ya le valía, que era la última vez que hacía esa jugarreta de la muerte mientras yo anduviera por allí. No tenía una figurita de la Virgen María para esconderla, pero le dije que, en cuanto mi madre me dejara, no volvería a ir a misa, ni a confesarme.

Dormí sin parar hasta el día siguiente. Me perdí el funeral y todo lo demás. Mamá dijo que no pasaba nada. Habría sido demasiado triste. Pero ahora me acuerdo de él, de Jack. En este mismo momento. Aquí, en esta cocina. Y me pregunto si las cosas podrían haber sido de otro modo.

Amor de verano

Una pelota de hockey le da en toda la cara a Helen Macdowell. Así empieza. Sí. El principio del fin. A partir de ahí, todo va cuesta abajo, a peor. Helen es bonita. Tiene un pelo castaño claro, ondulado y suelto que se riza hacia atrás desde la frente; la cara redondeada y la nariz delicada y un poco respingona. Sus labios son de un rosa oscuro, y le centellean cuando se pone brillo. Y sus ojos, Dios, tiene unos ojos que no podrían ser más azules, de un azul claro, sin manchas ni motas. Es preciosa y va a ser enfermera, o azafata, o detective privado. Al menos, eso es lo que cuenta mi hermana Fiona, y ella debería de saberlo. Fiona y Helen iban siempre juntas antes de que Helen se volviera demasiado guapa para tener amigas. En ese remoto pasado, fueron amigas del alma, y se hacían cortes en los dedos, se juntaban las puntas ensangrentadas y fingían que eran brujas y todo ese rollo. Entonces a Helen le salieron tetas, la tez y el pelo se le pusieron preciosos y dejó de ir por ahí con ninguna amiga.

Bueno, el caso es que está ahí en medio, la chica más guapa sobre el campo de grava negra, bien maquillada y todo lo demás. Ya han dado los tres toques de saque, y el sol cae con fuerza, abatiéndose sobre las jugadoras. Las chicas sudan con sus faldas de deporte gris pizarra y sus ceñidos tops de Aertex azul claro, y nosotros las animamos desde las bandas.

¡Vamos, guarrillas, daos caña, zorritas sexis!

Las monjas se dan la vuelta, con los ceños fruncidos y dedos que nos señalan, lo que nos mola todavía más.

El cole ha acabado, amor de verano, pasárselo en grande.¹

Y Helen está ahí en medio. En el centro del campo. Con la mirada fija.

1. Eco de «Summer Nights», la canción de *Grease*. (N. del T.)

Al principio no me doy cuenta, pero los demás chicos sí.

Dicen, enardecidos: uaaaa, Finnegan, ¡te está mirando!

¿A mí? ¡No me toquéis las pelotas!

Sí, eso es lo que te está mirando.

Y es verdad, se ve, sí, me está mirando directamente. Giro la cara y me pongo rojo como un tomate. Cuento hasta cinco mientras miro la hierba que crece en las bandas y me imagino a mi familia al completo triturada en una picadora gigantesca, como en la canción de la tele. Pero lo raro es que, cuando me vuelvo, me doy cuenta de que en realidad no me está mirando. No me hace ojitos ni nada por el estilo. Es como si estuviera contemplando absorta el espacio, aunque en mi dirección.

Aun así, los chicos se han puesto como motos y dicen que ella se me quiere tirar, tocarme la picha y todo lo demás, pero a mí me está hartando aquella mirada fija. Tiene los labios ondulados y aterciopelados y sus ojos azules claros me lanzan burbujas de fuego. También parece triste, como si yo le diera pena, como si fuera a negar con la cabeza y decir: «Pobre imbécil». Siento que me mareo. Me entran ganas de levantarme y darle otra vez la espalda. Quiero volver a casa con mi mamá.

Pero, antes de que me dé tiempo de hacer nada, sucede.

¡CATACRONCH!

¡Joooder!, chillá uno de los chicos mientras todo el mundo se vuelve loco. A Helen Macdowell acaba de darle una pelota de hockey en toda la boca. Hay trozos de dientes esparcidos allá donde mires, trocitos rojos. Abre la boca dolorida y entonces vemos que los labios se le han hinchado y rajado, acuchillados por los trozos de dientes rotos. La cara también se le hincha delante de todos. La sangre le chorrea a borbotones de la boca. Como si tuviera ganas de vomitar pero en vez del vómito sólo saliera sangre. La chica que le dio el pelotazo, Mary Davit, una auténtica gorila, se ha derrumbado y está sentada en el suelo, llorando. Helen todavía no llora. Se toca la cara, intentando reconocer el contorno de los hinchazones y los bultos. La han rodeado las monjas, como una bandada de urracas nerviosas, y mantienen apartadas a las demás niñas. Las otras todavía sudan con sus faldas y camisetas, pero hacen poco más que murmurar entre ellas y consolar a Mary Davit. Alguien dice en voz baja: zorra estúpida, ¡eso le enseñará!

Después de toquetearse y palmearse la cara durante unos segundos, Helen deja caer la cabeza sobre el pecho y estalla en unos alaridos tan fuertes que parece que va a hacer pedazos el campo de juego entero. Chilla de verdad. Como cuando te persigue por un oscuro callejón un tipo con un cuchillo de trinchar enorme en una peli de terror de Halloween. ¡Igual! Y, como si quisiera confirmarlo, se suelta de las monjas y se echa a correr como si le fuera la vida en ello. Lo digo en serio. Sale a la carrera del campo, atraviesa la hierba alta que lo rodea y, por las puertas principales del colegio llega a Ballydown Road. Chillando sin parar, emitiendo ese alarido de peli-de-terror-con-cuchillo-de-trinchar. Sin detenerse ni una vez.

Maura Connell la vio en plena estampida pasando por delante del súper Quinnsworth a las dos de aquella tarde. Helen Macdowell, la chica más bonita del equipo de hockey, con su pelo castaño ondulado agitándose a sus espaldas, sus ojos azules claros encendidos, y su cara deformada como carne picada brillando por la sangre. La sangre le caía por el cuello desde la raja que dibujaba su boca y le manchaba toda la camiseta de gimnasia de Aertex.

El rumor que corre por The Rise cuenta que Helen fue finalmente derribada por dos guardias de seguridad del centro comercial, dentro de la farmacia Murray. Estaba conmocionada, totalmente ida, empeñada en comprarse como fuera una recarga tamaño gigante de brillo de labios.

Por allí nunca habíamos visto nada parecido. Y menos aún delante de nuestras narices. Aunque uno siempre oía historias por el estilo. Historias que contaba el amigo de un amigo. O cuando Las Madres se reunían para los cafés de por la mañana. Se sentaban en círculo en la cocina empañada de vaho, como cuatro brujas locas, y mojaban galletas de jengibre en café Maxwell House hasta que el calor las mareaba y por turnos decían cosas como: ¿os habéis enterado de lo de fulano o de lo de mengano?, ¡que Dios lo acoja en su seno, sólo tenía treinta años, alma bendita!

Eran geniales contando esas historias. Se asustaban las unas a las otras, sonriendo por dentro, pero por fuera todo caras tristes, haciendo un hueco en la jornada entre el planchado, la colada y la preparación de las comidas de salchichas con patatas y chirivías

para cuando volvieran a casa del trabajo nuestros padres con sus periódicos y sus caras cansadas.

Claro que todas bajaban la voz si veían que uno de nosotros entraba en la cocina al salir de la sala de la tele. Se inclinaban las unas hacia las otras y se ponían a hablar con las bocas apretadas, o en clave. Pero casi siempre, sentados en silencio en el suelo con la voz de la tele bajada y la puerta entreabierta, pillábamos lo esencial.

Por ejemplo, había un tal Kent Foster, que murió de cáncer de piel a los veinte, descanse en paz. Kent estaba empecinado en tomar el sol. Cada verano se achicharraba allí mismo, sobre la pista negra de asfalto que había detrás del campo de futbito, embutido en su ceñido y diminuto bañador, pringado de pies a cabeza con aceite de girasol, como una bolita de chocolate Malteser cubierta de saliva.

¡Sangre inglesa!, decían Las Madres.

¡Con ese nombre!

Cuánta razón tienes, Maisie.

Entonces, un verano Kent desapareció, así, por las buenas. Nadie sabía adónde se había ido. Nadie, salvo Las Madres.

Os habéis enterado de lo de Kent Foster, ¿no? Bueno, pues el alma bendita resulta que está en el gimnasio, se descubre una peca negra en el muslo y al cabo de dos meses se ha quedado tieso. ¡Cáncer! ¡Hasta las cejas! Y con sólo veinte años, ¡descanse en paz!

¡Cáncer, muerto, sólo veinte años! Aquello les sonaba a música celestial, como el disparo de una pistola que señala la salida de una carrera.

Y así, con las historias preparadas y en sus puestos, comiéndose las uñas por salir, allá que se lanzan.

La madre de Gary piensa: puedo contar una mejor sin despeinarme.

La madre de Mozzo se devana los sesos, araña su paquete de cigarrillos mientras intenta recordar la última tragedia que le contó su cuñado en Finglas.

Y Maisie O'Mally, la arrugada septuagenaria del número 43, se inventa todo, ¿os habéis enterado de lo de...?, ¿cómo se llama?, ¿el que se cayó al río?

Por suerte, la madre de Gary, siempre fiable, la corta en seco. ¡Pues eso no fue nada en comparación con lo de Neil Cody!, dice.

Neil Cody es el chico de Mount Merrion, y sólo tiene quince años. Es un poco un notas que se las da de empollón y le gusta leer el periódico de su padre todos los días. Así que un domingo por la mañana, todavía en pijama, coge el periódico, el *Indo*, recién llegado a la mesa de la cocina y, entusiasmado, se lo lleva a su habitación para darle un buen repaso. Transcurre media hora. Ningún ruido se oye en la habitación. Pasa una hora entera. Nada.

¡Imaginaos!, dice la madre de Gary. Silencio en la planta de arriba, ¿qué pensaríais? Pues que se había quedado dormido con el periódico en las manos, el pequeño tunante, ¿no?

El caso es que nadie oyó ni pío en la habitación de Neil durante tres horas, así que su madre sube corriendo, llama a la puerta, entra en la habitación, y allí está él, más muerto que una momia, tirado en la cama, un chorro de sangre le sale de la nariz y cae hasta las tiras cómicas. Ha tenido una hemorragia cerebral y ha muerto. Tal cual.

Todas Las Madres se hacen cruces y murmuran algo sobre san Antonio, Jesús y los apóstoles. La madre de Gary se siente satisfecha consigo misma, y todas creen que ha ganado de calle la competición cuando la madre de Mozzo se enciende un John Player y dice, teatralmente: os habréis enterado de lo de la pobre June Shilaweh, ¿no?

La madre de Gary se queda de piedra y, con rabia, sabedora de que al final va a perder, niega con la cabeza.

La madre de Mozzo asiente con gesto grave para sí, como si no tuviera muy claro si debe continuar.

Mi madre le dice que lo cuente ya y que saque a las demás de este sinvivir.

Los Shilaweh, explica la madre de Mozzo, son una familia africana, negros como la noche, que se han instalado en las Villas.

¡Las Villas!, repiten todas al unísono, gruñendo al pensar en esa larga hilera de pequeñas casas adosadas con forma de caja que se levanta en la parte de atrás de la urbanización. ¡Al infierno o a las Villas! No podrían haber elegido un lugar peor ni aunque hubieran querido, los muy bobos. Peor que las malditas junglas de las que venían.

Las Madres se ríen del comentario, aunque lo hacen tapándose la boca con la mano.

Así que los Shilaweh intentan adaptarse a la vida en las Villas. Saludan: hola, buenos días, a todos sus vecinos, incluso a los que

les dicen en la cara: a la mierda, negratas. Mandan a su única hija, June, a la escuela de monjas católicas del barrio, Mother of Sorrow, también conocida, para abreviar como The Sorrows,¹ que es también a la que van mis hermanas, y a la que iba Helen Macdowell antes de perder la cara. Y el señor Shilaweh tiene un empleo apilando sobres en la oficina de correos de Ryan. Lo único que les falta es la bici. La pequeña June Shilaweh nunca ha tenido bici, y ahora que vive en el mundo libre y ha salido de la jungla, quiere una.

Pensándolo bien, la interrumpe Maisie, ¿para qué querrías una bicicleta en la jungla? ¡La estropearían los monos!

Las Madres vuelven a reírse tapándose la boca.

Bueno, el caso es que a la pequeña June Shilaweh le regala por fin la bici su padre, que ha ahorrado todo el dinero que gana en Correos para pagarla. Todavía no hace una semana que la ha estrenado cuando, pedaleando por Clannard Road, la adelanta un tráiler, la niña gira sobre sí y se da la vuelta, se cae de la bici y va a parar debajo de las ruedas traseras. Aplastadita se quedó allí, en el sitio.

Las Madres suspiran en silencio y evitan mirarse a los ojos.

¿Y sabéis lo peor de todo?, pregunta la madre de Mozzo, vacilándoles y jugando con las demás. Johnno Mac, que trabaja en la peluquería Mangan's delante mismo del lugar del accidente, en Clannard Road, dijo que tuvo que limpiar cuando se fue el camión. Explicó que a la pequeña June no le quedaba ni un trocico de la cabeza, lo juro por Dios, que había reventado como una espinilla bajo el peso del camión. La ambulancia recogió un cadáver sin cabeza, y los pobres Shilaweh, cuando llegaron, tuvieron que identificar a su hija por los manillares que todavía llevaba clavados en las entrañas.

La madre de Mozzo había ido demasiado lejos. Mi madre se levanta de golpe, se inclina sobre el fregadero y dice que va a preparar coles de Bruselas para la cena y ya sabéis lo mucho que se tarda en limpiarlas. La madre de Gary dice que acompañará a Maisie a casa, aunque sólo está a cuatro puertas de la nuestra. La madre de Mozzo, que capta rápidamente la indirecta, se levanta para marcharse.

1. O «Virgen de los Dolores». (N. del T.)

Asuma la cabeza en la sala de la tele y me dice que Mozzo vuelve hoy y que tendrá muchas ganas de verme.

Mamá, la madre de Gary y Maisie se demoran con los abrigos hasta que la madre de Mozzo ha salido por la puerta, y entonces todas coinciden en que es una buena chica, pero un poco ordinaria.

El marido la abandonó, claro, dice la madre de Gary, ¡la dejó con esa pequeña bestia!

Se refería a Mozzo.

El incidente del nabo

Hace sólo dos meses que conozco a Mozzo y ya es mi mejor amigo, y yo el suyo. Lleva el pelo negro azabache muy largo, deliberadamente revuelto, le ha salido una diminuta mancha de bigotito grisiento encima del pálido labio superior, y es la primera persona a la que le cuento lo de Helen Macdowell. Está sentado en mi cama, con las piernas cruzadas y sus lustrosas Dr. Martens de treinta y dos ojales metidas limpiamente bajo cada muslo. Se balancea adelante y atrás, se pellizca la camiseta roja descolorida de Iron Maiden y dice ¡Joooder! en voz alta cuando describo el momento del impacto. Está tan impresionado que se lo vuelvo a contar, inmediatamente, pero esta vez añadiéndole un poco más de sangre, sólo para ver cómo se le ponen los ojos como platos. Le cuento el ruido que hizo la pelota cuando dio en la boca de Helen.

¡CATACRONCH!

Describo pequeñas gotas de la sangre salpicada que vuelan por el aire desde sus labios reventados. Describo la cabeza echándose hacia atrás sobre el cuello como la pera que golpea un boxeador. Y describo la sangre. Cubos de sangre. Por todas partes.

Mozzo está impresionado. Se balancea adelante y atrás encima de la cama, justo debajo del póster de un Porsche aparcado con las puertas abiertas.

¡Mierda puta, Finno!, repite una y otra vez. Mierda puta, Finno, ¡es una pasada!

En mi radiocasete Toshiba suena Survivor a todo volumen. Me siento bien.

Normalmente, es Mozzo el que cuenta las historias. Y lo hace bien. Su padre era un pescador que tenía la base en el puerto de Dublín, pescaba por la noche y se drogaba durante el día. Le pegaba a Janet, la madre de Mozzo, al menos una paliza a la semana y luego la dejó para que criase sola a Mozzo. Pero antes de marcharse

hizo montones de cosas que Mozzo convertía en grandes historias. Como la vez que volvió cabreado del trabajo y le puso una navaja en el cuello a Janet. ¿Qué tal, vieja bruja?, dijo. ¿Te gusta?

O la vez que se prendió fuego a sí mismo delante de la tele y ni siquiera se dio cuenta porque iba demasiado puesto de priva y drogas. De locos. O la vez que tiró una bombona de gas a la ventana de la fachada de los vecinos porque se habían quejado del olor que salía de su furgoneta de pescado.

¡Os voy a dar pescado del bueno, cabrones engreídos!, dijo, y luego les tiró una bolsa grande de plástico negro con tripas de pescado a través del agujero que había dejado donde antes estaba la ventana. Mozzo decía que fue una pasada. Vino la policía y todo lo demás, y al final tuvieron que cambiarse de casa.

El verdadero nombre de Mozzo es Declan Morrissey, pero incluso su madre lo llama Mozzo. A los chicos como él siempre se les llama con un nombre acabado en «o». Hay a montones en las Villas. Y todos se conocen. Micko, Macko, Johnno, Backo, Stapo, Ryano, Freyno, Gavvo, Devo, Rocko, Knocko, Dicko, Mallo, Heno, Feno, Hylo y así. Lo primero que dijo Mozzo cuando nos conocimos fue: ¿qué pasa, Finno? Fue un buen comienzo.

Cuando Mozzo se instaló en The Rise mi madre dijo que debería hacerme amigo suyo porque no había tenido la misma suerte que yo.

¿Qué suerte?, le pregunté.

¡No tiene padre, caramba!, respondió ella.

Me encogí de hombros y convine en que tenía razón. Mi padre tiene un bigotón castaño y tupido, se ríe mucho y todos los que le conocen lo consideran Un Gran Seductor. Se gana la vida vendiendo material y mobiliario de oficina y es un genio en su trabajo.

Les vendería arena a los árabes.

Eso es lo que dicen todos. En realidad, cuando los Shilaweh se mudaron a las Villas, Maura Connell le hizo un guiño y le dijo que ahí tenía la ocasión de venderles arena a los árabes. Él le devolvió el guiño y le dijo que no fuera tonta, que no eran árabes sino gente de color.

Tengo cinco hermanas, todas mayores que yo. Ningún hermano. Mi padre se hace el gracioso diciendo que no dejará de intentarlo hasta que tenga un varón. Y, habitualmente, dependiendo de

quién esté presente, dice: ¡pero, mira tú, tendré que conformarme con Jim!

Y todo el mundo se ríe y dice delante de mí que mi padre es incorregible. Entonces mamá me coge, me revuelve el pelo y dice: ¡deja en paz a la criatura!

Mozzo todavía está impresionado por la historia de Helen Macdowell. Sigue balanceándose en la cama, pero ahora también mueve la cabeza, como si asintiera. Mira hacia mi radiocasete, me dice que Survivor es una puta mierda y que yo tendría que escuchar música molona de verdad. Al decirlo, se señala la camiseta. Luego sigue asintiendo, como si estuviera pensando en algo interesante para sus adentros. Al final, lo suelta.

Hagámoslo, Finno, dice. Hagamos un puto Helen Macker.

Estoy confuso.

Lo vi una vez en una peli, dice. Pillaremos un melón grande de cojones, lo clavamos en un puto poste y lo acribillamos con el puto equipo de hockey. El primer tiro que acierte y el melón revienta. ¡Nos lo pasaremos de puta madre!

Mozzo dice tacos todos el rato, más que los demás amigos que yo había tenido hasta entonces. Al menos, más que Gary.

Hasta que Mozzo llegó a The Rise, Gary Connell era mi mejor colega. Su padre es piloto de Aer Lingus y siempre le trae los últimos cacharros electrónicos que salen en América. Gary es hijo único y, además, protestante, y, dice mi madre, a sus padres les sobra la pasta para gastársela en él porque no tienen que repartir el dinero entre seis bocas hambrientas. Casi cada día que Gary sale por The Rise lleva un chisme nuevo. Una billetera de cuero de los invasores del espacio. Una radio en una gorra de béisbol con paja para beber de broma. Unas gafas de sol con limpiaparabrisas de pega. Una muñequera con reloj digital incorporado. Un radio transistor con forma de jarra de metal.

Si un comando de exploración de extraterrestres aterrizara en The Rise y viera a Gary Connell caminando por la calle, llevando todos esos chismes electrónicos titilando, pitando y chisporroteando, estoy seguro de que se pirarían al instante de vuelta al espacio,

convencidos de que se habían encontrado con una civilización superavanzada de androides.

A Mozzo le gusta ir por ahí con Gary, sobre todo por sus artilugios. La madre de Gary, Maura, detesta a Mozzo, sobre todo porque Mozzo hizo que Gary metiera la picha entre dos almohadas y se las tirara como si fueran una mujer. La madre de Gary es muy glamurosa y siempre, hasta dentro de su casa, lleva minifaldas, blusas transparentes y los labios pintados. Mozzo dice que anda pidiendo un Puto Polvo, incluso delante de Gary. Mozzo sabe mucho más de chicas que Gary o que yo. Siempre está hablando de chichis y de culos, de mamadas y chupadas, de folladas y de pajas.

Acabo de cascármela, ¡me he corrido salpicándolo todo!, dirá al entrar en la habitación. Se agarrará la entrepierna y dirá: ¡ha estado de cojones!

Gary y yo también bromeamos sobre nuestras pichas y nuestras pelotas. Pero casi únicamente cuando está Mozzo. Cada vez que pasa una chica cerca decimos: oh, vaya que no, claro que me la tiraría. Y luego miramos a Mozzo para ver si está de acuerdo. Aunque básicamente lo único que nos dice es que no tenemos ni un pijo de esperanza de conseguir un chocho hasta que no dejemos de parecer y de comportarnos como dos pequeños maricones.

Un día Mozzo y Gary están en la habitación de Gary jugando con el despertador de R2-D2 con mando a distancia de éste y Mozzo dice que anoche se ha hecho la mejor paja de su vida. Dice que ha metido la picha entre dos almohadas y que ha estado dándole durante horas, y que era igual que lo de verdad, y que sabía de qué hablaba porque lo había hecho dos veces con su prima en la fiesta de san Esteban.

Lo que yo te diga, le dice a Gary, dos almohadas juntas, joder, es exactamente igual que tirarse un chocho de verdad. Y luego dice: tendrías que probarlo, joder.

Bueno, Gary es un chaval pequeño, rubio, con un montón de pecas y no quiere quedar mal delante de Mozzo así que dice: vale; pero insiste en que Mozzo salga de la habitación mientras se tira las almohadas.

Mozzo se queda al otro lado de la puerta y se echa unas buenas risas para sus adentros escuchando a Gary mientras éste sigue dale que te pego con las almohadas. Pero entonces la madre de Gary, Maura, sube por las escaleras con un montón de ropa para el armario de ventilarla. Ve a Mozzo delante de la puerta, irrumpe dentro y

encuentra a su pequeño Gary, con los pantalones bajados, manteniendo relaciones sexuales con la ropa de cama. Asqueada, la madre de Gary se pone como una fiera y echa a Mozzo de casa. Luego hace que Gary se siente en la cama e intenta hablarle sobre lo que había hecho y del peligro que corría de echarse a perder y también de echar a perder sus experiencias con chicas en el futuro. Gary me contó que todo lo que pasó había sido para partirse, pero su madre le explicó a la mía que Gary se había echado a llorar y había dicho que todo había sido culpa de Mozzo y que nunca querría a ninguna otra chica más que a su mamá. La madre de Gary lo abrazó con fuerza, pegándolo a su blusa, y le dijo que no pasaba nada, que era lógico que se sintiese confuso a su edad y que haría muy feliz a una mujer algún día, siempre que se mantuviera alejado de Mozzo.

Mi madre no odia a Mozzo tanto como la madre de Gary. Dice que es porque Maura es protestante y ella católica, y los protestantes no tienen mucho tiempo para gente como Mozzo o su madre, Janet. Pero mi madre es católica y nuestro Señor era católico también y siempre cuidaba a aquellos que tenían menos suerte que él, y por eso Mozzo necesita nuestra ayuda. Mamá me advirtió luego que si me pillara alguna vez montando las almohadas como Gary Connell, llamaría al cura de la parroquia.

Si en casa hay algún problema, mamá siempre amenaza con llamar al cura de la parroquia. Es una de sus normas.

Mozzo, Gary y yo estamos en el patio trasero y hemos pegado un nabo con cinta adhesiva en el palo de Swingball¹ porque no encontramos melones en la cesta de frutas y verduras. En el nabo hemos dibujado una gran boca con pintalabios para que nos recuerde a Helen Macdowell. Más tarde mi madre se subirá por las paredes cuando descubra que su pinta favorito está gastado casi hasta la base. Mozzo le da un beso interminable al nabo y lo llama Helen *Caperucita Zorrita*. Macker y Gary y yo nos reímos.

1. Juego que consiste en un poste móvil que lleva unida por una correa una pelota de tenis o de goma que el jugador (o jugadores) golpean con una raqueta. (N. del T.)

Gary también sabe lo que le pasó a Helen Macdowell así que está ansioso por participar en el juego que nos ha preparado Mozzo y para la ocasión se ha puesto la gorra de béisbol con paja de broma. Mozzo lleva en la mano el palo de hockey de mi hermana Sarah y se mueve por el jardín como si fuera el dueño de la casa.

La última vez que Mozzo estuvo aquí fue en la barbacoa que hicimos cuando mi hermana Fiona cumplió diecisiete. Fue muy divertida, gracias a Mozzo. Cuando empezó a oscurecer, reuní a todos los chicos en tres grupos, a unos los llamó Los Británicos, a otros Los Argentinos y a los otros El IRA. El IRA y Los Argentinos se unieron bajo el mando de Mozzo y persiguieron a Los Británicos entre los manzanos, gritando ¡Marchaos de las Malvinas, Brits! A algunos de los padres les pareció muy divertido, sobre todo al de Saidhbh Donohue, que siempre está cantando canciones, y lamentándose hasta la madrugada, sobre la época cuando se pudrieron nuestras patatas y los británicos nos mataban a todos. Tras dar unas vueltas a los manzanos, El IRA y Los Argentinos arrinconaron a Los Británicos en la parcelita de cebollas y empezaron a pegarles. Mi padre cruzó el jardín a la carrera con cara de pocos amigos porque estaban destrozándole un montón de cebollas rompiéndoles los tallos de manera que acabarían brotando pequeñas plantas deformes en lugar de inmensas productoras de lagrimones.

Tras rebuscar en la bolsa de deportes de Sarah, bromeando por si encontraba sus bragas y se la cascaba encima, Mozzo saca una pelota de hockey muy desgastada. Es grande y pesada, como un trozo de cemento perfectamente redondo. Coloca la bola sobre la hierba a tres metros del palo de Swingball, de cara al jardín, lejos de la casa, apuntando hacia los dos manzanos. Se vuelve hacia nosotros y dice que el primero que le dé al nabo con un único tiro gana el premio Mary Davit al cabrón más cabrón. Entonces se acerca a la bola, se pone al lado, se equilibra, se balancea, suelta un disparo fuerte y le da al nabo a la primera. Por supuesto, al nabo no le pasa nada. No explota como había dicho Mozzo que había visto en la película, pero aun así Gary y yo lo jaleamos. No damos crédito. El primer tiro y acierta, eso pasa una vez de cada millón de intentos. Nos miramos el uno al otro y luego miramos a Mozzo, que está dando una vuelta triunfante por el jardín, con el

pelo apartado de la cara por el viento, la holgada camiseta de Iron Maiden ondulándose a su espalda, y los dos pensamos que es un genio.

Gary y yo tardamos siglos en darle al nabo. Yo lo consigo tras casi veinte intentos, más o menos. A esas alturas, Mozzo se ha sentado en la hierba y comenta nuestros tiros.

Balanceaos, niñas amariconadas. Putos maricas, dadle al cabrón.

Dice cosas así a grito pelado tras cada disparo y eso está poniendo nervioso a Gary, que todavía no le ha acertado al nabo, y de hecho cada intento va a peor. Ya ni siquiera le da a la bola y levanta grandes pedazos de tierra verde y embarrada del césped cortado con esmero por mi padre. Para empezar, mi padre no quería que tuviéramos un Swingball, decía que destroza el césped, que lo pudre, pero mamá le obligó a poner uno después de una pelea en la que le echaba en cara que, a medida que envejecía, se estaba volviendo un aguafiestas. Todo había empezado como una broma sentados a la mesa, con unas risitas y codazos por parte de mamá, pero la cosa siguió, se alargó hasta la noche, subió las escaleras y continuó tras las puertas cerradas del dormitorio, con voces cada vez más altas, con lágrimas, de todo. Con las emociones a flor de piel.

De repente, Mozzo dice: a la mierda este rollo. Se levanta esbozando una gran sonrisa y dice que se le ha ocurrido un plan mejor, y que se la va a jugar de verdad. Le quita la bola y el palo a Gary, que a esas alturas está a punto de echarse a llorar, y se pone al otro lado del palo de Swingball, el lado que da a la ventana de la cocina de mi madre. Mira a un lado y al otro del jardín, coloca la bola en el suelo, también a unos tres metros del palo, gira el palo para que el nabo quede hacia él. Entonces le devuelve el palo a Gary y dice: prueba ahora, niñaata cagada.

Gary se niega a cogerlo. Dice: ni hablar; porque si falla hará añicos la ventana de mi madre. Esta vez incluso dice joder ni hablar.

¡Ni hablar, joder!

Pero Mozzo no va a aceptar un no por respuesta. Se burla de Gary diciendo que era incapaz de acertarle al agujero del retrete cuando meaba, o, ya puestos, ni siquiera cuando cagaba. Y que el suelo del lavabo de Gary debía de estar cubierto con charcos de meados y

montones de mierda de todas las veces que ha fallado al apuntar al retrete. Ya sé que no debo, pero me parto de risa imaginándome a Gary cayéndose del váter y meándose y cagándose por todas partes.

Veo que Gary se ha cabreado de verdad, se le ha crispado la barbilla y la aprieta como se aprieta el culo cuando contiene un pedo. Mozzo también se da cuenta así que se ablanda y le pone el brazo sobre el hombro. Le habla como un padre y le dice que lo que puede parecerle una locura tiene sus razones y que el riesgo de destrozarse la ventana de la cocina de mi madre se llama motivación. Dice que Gary sabe en su interior que se meterá en un buen lío si rompe la ventana de la cocina, así que es imposible que no le dé al nabo. Porque se concentrará en él, hará un swing hacia atrás perfecto y acertará a la primera. Así de fácil. Gary parece que se siente mejor después de oírlo y la mandíbula se le relaja un poco. Entonces Mozzo añade, como si acabara de ocurrírsele: y ahora ¡tira de una puta vez, follálmohadas!

Al oírlo empiezo a carcajearme, y Mozzo también. Nos parece tan gracioso que creemos que a Gary también debe de parecérselo. Pero no. Se pone rojo como un tomate y golpea la pelota de hockey, que hace añicos la ventana y entra directamente en la cocina de mi madre. Todos decimos ¡Joooder! en voz alta, Gary se echa a llorar y se va corriendo a su casa, con la gorra de béisbol de la pajita en la mano.